

á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningún pretexto á que se la pueda tachar de ilusión y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se la quite nada de lo que le corresponde, ni se la atribuya lo que no le pertenece. La exageración excita quizás un entusiasmo momentáneo; sólo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.

La dilatada experiencia del ilustrado profesor, le habrá enseñado sin duda, la necesidad de inculcar á sus discípulos las verdades que acabamos de indicar: pudiendo estar seguro que en España hay un fondo de buen sentido para apreciar juiciosamente el mérito que en sus explicaciones se encierre, así como hay muy felices disposiciones para evitar los insinuados escollos; disposiciones que le allanarán sobremanera el camino para que pueda entrar en una exposición dilatada y profunda de los principios y aplicaciones de la ciencia, sin correr tanto riesgo como en otros países, de producir en vez de alumnos instruidos y sensatos, entusiastas superficiales y extravagantes. Como quiera, y reservándonos volver otro día sobre tan importante materia, le deseamos en Barcelona el mismo buen éxito que en Nueva-Orleans; de manera que los periódicos de esta capital puedan tributarle los mismos elogios que el titulado *Picayune* y el *Correo de la Luisiana*.— J. B.

LA PALABRA FILOSOFÍA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los más entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia exclusiva, del todo separada de las demás, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raíz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su rigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradación de matices? Daremos una definición fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boerhaave: *Sigillum veri simplex*, «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y no más de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepción que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si

basta un simple careo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo es menester advertir, cuán necesaria era la limitación que muy de propósito hemos añadido, y no más de lo que hay; porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay también, demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algún accidente que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigación al más temible de sus adversarios: *el charlatanismo*.

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad, que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y más de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto á sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazón, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano cierta el punto esencial, dice: *vedle, ahí está*.

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Qué es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazón, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la

concepción intuitiva de los hechos parecida á la contemplación de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitan á los hombres en los varios tiempos y países. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera porque no es una simple narración de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes, es decir, es algo más que una relación descarnada que nada anima, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están examinando un museo de extrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofía en literatura? ¿Es acaso ni el conocimiento ni la aplicación de las reglas? No: es la razón de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendimiento y del corazón, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la expresión. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razón que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que imponiendo silencio á sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razón cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al común de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que más ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas en más ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosofado*.

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía*: bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay más que palabras, que no hay filosofía donde sólo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que sólo hay filosofía donde hay verdad.

En este sentido y no en otro, procuraremos que nuestra *Revista sea filosófica*.— J. B.

POLEMICA RELIGIOSA.

Bajo este título publicaremos en esta *Revista* una serie de trabajos que servir puedan á los defensores de la Religión en los combates que bajo diferentes aspectos y en distintas arenas, les aconteciere trabar contra los enemigos del catolicismo. Cuidando de que no sean inútiles á ninguna clase de personas, procuraremos no obstante que se adapten de una manera particular á la situación en que se encuentra el clero: no solamente con respecto á las lamentables circunstancias de España, sino también por lo que toca al curso que en nuestro siglo llevan las ideas. No pretendemos dar lecciones al clero; éste no las necesita de nosotros; es demasiado su saber y su erudición, sobre todo en materias religiosas, para que nos sea dable presumir que podamos decirle algo de nuevo; pero sucede á menudo que hasta los hombres más versados en una ciencia hallan cierto placer en recordar lo que no ignoran, y en asistir á los esfuerzos leales de personas que procuran exponer y confirmar verdades, que ellos por otra parte conocen á fondo. Quizás también podrá suceder de vez en cuando, que á ciertos eclesiásticos jóvenes, su poca edad ú otras circunstancias, no les hayan permitido ocuparse de la ciencia religiosa con toda la extensión y bajo los

particulares aspectos que reclama el empleo de las nuevas armas que blanden contra la Iglesia sus implacables enemigos; ¿por qué sería inoportuno el proporcionarles en breves páginas observaciones y noticias, que tal vez no podrían alcanzar sino á costa de mucho trabajo, y con la lectura de obras que la escasez de sus medios no les consentirá procurarse? He aquí nuestro plan. La abundancia de materias nos ha absorbido gran parte del presente número: así por hoy deberemos limitarnos no más que á trazar algunos lineamientos en que se manifieste el sistema que nos proponemos seguir.

La Religión tiene diferentes especies de enemigos; sería difícil clasificarlos cual conviene, á no ser que les señalásemos dos puntos de reunión: el *error* y el *vicio*. Esto, si bien muy verdadero y exacto, fuera sin embargo demasiado general; y no mostraría á punto fijo cuáles son los lados de donde puede dimanar el ataque. El error versa sobre infinitos objetos; el vicio se ofrece bajo innumerables formas. La verdad es una: para encontrarla hay un camino; quien se aparta de él, toma un sendero extraviado; y estos senderos no pueden reducirse á guarismo. La ley eterna es una; quien se desvía de lo que ella prescribe, entra en la carrera del mal, y esa carrera es ancha, espaciosa, se subdivide en un sinnúmero de veredas; en todas se marcha con placer y comodidad; toman las más variadas direcciones, sólo que al fin convergen y van á parar á un mismo punto: la eterna perdición.

Será pues necesario señalar determinadamente las principales clases de los enemigos de la Religión, por las diferentes modificaciones con que se presenta el error y el vicio. Parécenos que éstos son: los incrédulos, los indiferentes, los escépticos y los herejes. El hereje dice: «yo creo lo que quiero;» el escéptico: «no sé... dudo... qué sé yo;» el indiferente: «qué me importa;» el incrédulo: «no creo nada.»

El hereje pretende tener fe, pero la regla de esta fe es su razón ó su voluntad; no admite la autoridad que en es-

tas materias debe decidir; ó comenta y explica la Biblia conforme le dictan sus luces naturales, y le persuade su imaginaria inspiración privada, ó aplica á la Religión los sistemas filosóficos; en uno y otro caso, sujeta los dogmas á tribunal incompetente. Habla de fe, cuando ésta no es concebible en no estribando en la autoridad; pondera la firmeza de sus creencias, cuando éstas vacilan por sus cimientos y varían á cada paso; pretende atenerse á la palabra de Dios, profanada por el orgullo y la extravagancia; se obstina en guiarse por los dictámenes de una razón, flaca en extremo hasta para las cosas naturales, cuanto más para comprender los inefables arcanos que el Altísimo en sus inescrutables designios ha cubierto con cien velos.

En los siglos anteriores al xviii la Iglesia si bien tuvo que combatir con todo linaje de enemigos, vióse precisada especialmente á luchar contra la herejía. Atacábanse á veces su divinidad y los fundamentos en que estriba su verdad incontestable; pero lo más frecuente era impugnar este ó aquel dogma, ó con argumentos sacados de la Sagrada Escritura, ó con ratiocinios suministrados por el sofisma filosófico. Sabelio, Arrio, Macedonio, Pelagio, en los primeros siglos; Abelardo, Berengario y otros en los medios; Lutero, Calvino y los innumerables heresiarcas de los tiempos modernos, no negaron la divinidad del cristianismo, no miraron la Religión como cosa indiferente, no se pertrecharon en una duda general, no aplicaron á estas materias el pirronismo de ciertos filósofos; sino que enderezando sus tiros contra uno ó muchos dogmas, se esforzaban en probar que la Iglesia había errado; y cuando ésta les oponía su irrefragable autoridad, fundada en la Sagrada Escritura, apoyada en la tradición, sancionada por los siglos, se deshacían de la dificultad de la manera que más les cumplía, prosiguiendo en su carrera de obstinación y de cavilaciones. Veíanse de vez en cuando indiferentes, incrédulos, ó escépticos; pero generalmente hablando, no era este el cáncer de la sociedad; los hom-

bres sin Religión y sin Dios eran todavía excepciones monstruosas.

Desde el siglo pasado, sucede muy de otra manera: la irreligión tiene abiertas sus cátedras; el indiferentismo es adoptado por muchos como un sistema cómodo para disfrutar de los placeres de la vida y ahogar los remordimientos; el escepticismo no se halla precisado á ocultarse bajo la enseña de esta ó aquella secta; dice abiertamente: «dudo de todo;» así como el incrédulo ataca siempre que le place lo más augusto de la Religión; y el indiferente confiesa sin reparo que no se cura de saber si todo cuanto se habla y escribe sobre esas importantes materias es verdadero ó falso.

Cuando se defiende la Religión es necesario atender con mucho cuidado con qué clase de enemigos está trabada la lucha: porque bien claro es que han de ser muy diferentes los argumentos de que se eche mano, y aun los mismos se han de emplear de muy distinta manera, según las ideas, opiniones y errores de la persona que nos proponemos convencer ó confundir. Podrá parecerles á algunos que los escépticos, incrédulos é indiferentes, pertenecen todos á una misma categoría; y sin embargo no es así: pudiéndose notar con la observación del mundo, que estas tres clases existen realmente; y aunque todas estén fuera de la Religión, distan mucho entre sí; y que se hallan en estado intelectual muy diferente. Esto depende en buena parte de la instrucción, de la educación, de la índole, y de cien otras circunstancias que modifican ó afectan al espíritu que carece de fe.

Los escépticos son por lo común hombres de algunas luces, que han meditado sobre materias graves, y que participan de ese vértigo funesto de nuestra época, en que nada se asienta con sólido fundamento, todo vacila, todo se pone en cuestión, de todo se duda. El escepticismo religioso es en muchos como un ramo de un escepticismo universal: son escépticos en religión como lo son en filosofía, en política, y en cuanto pertenece á los humanos conocimientos.

Los incrédulos propiamente tales, es decir, aquellos que no sólo no tienen la fe, sino que la rechazan; que no sólo dudan si la Religión es verdadera, sino que opinan que es falsa, se distinguen de los escépticos, en que el estado intelectual de los unos es una mera negación de creencias, cuando el de los otros, es una oposición formal, una verdadera enemistad en contra de ellas. Los filósofos del siglo pasado eran verdaderos incrédulos; pues no sólo no estaban adheridos á la fe, sino que la deseaban con desdén, la odiaban, la condenaban, esforzándose en extirparla de los ánimos donde felizmente había podido conservarse. Algunos sabios de nuestra época carecen de fe, pero esta carencia no es un odio, no una aversión; es una duda que quizás disimulan, y de la cual no pocas veces se lamentan los mismos que la sufren. Perdidos en el océano de la incertidumbre y de la vaguedad, características del espíritu humano, preguntan á la vana ciencia del hombre lo que ella no puede decirles, esperando de la criatura la enseñanza que sólo pudo dimanar del Criador. Pero no dejan algunas veces de reconocer la debilidad de sus teorías, la esterilidad de su saber, la inutilidad de los esfuerzos que hace el orgullo para resolver, con la simple luz de la razón, los grandes problemas del origen y del destino de la humanidad.

Los indiferentes son, propiamente hablando, los escépticos é incrédulos prácticos: son, como lo expresa su mismo nombre, los que se empeñan en engañarse á sí mismos, diciendo que el examinar si la Religión es divina ó no, no es negocio de importancia en que sea menester fijar la atención. Aquí, como se ve, no hay un sistema filosófico, ni siquiera una doctrina, sino una negación absoluta de todo sistema y de toda doctrina. Un necio *qué me importa*, decide las mayores cuestiones, resuelve los más complicados problemas. Examinada á fondo esta manera de mirar las cosas, puede reducirse á los términos siguientes: «quiero gozar, no quiero remordimientos; aprovecharé los instantes que me restan de vida; cuando suene

la hora de mi fin, me echaré con los ojos cerrados á ese abismo, donde ignoro si me espera la nada ó un eterno castigo.»

No nos es posible en la actualidad, por no permitirlo los límites del artículo, mostrar prácticamente cuál es el modo más á propósito para convencer ó rebatir á las cuatro clases de enemigos arriba enumeradas. Esto lo reservamos para los números siguientes; bien que por de pronto nos permitiremos una observación que nunca deben perder de vista los verdaderos católicos. Personas hay que llevadas de su ardiente celo, y anhelando sacar el alma de sus prójimos de las tinieblas y ceguedad en que la contemplan, provocan con facilidad disputas, ó sobre la Religión en general, ó sobre alguno de sus puntos capitales; esperando de esta suerte, hacer una conquista preciosa y restituir al redil de la Iglesia una oveja extraviada. Aplaudimos sinceramente esa ardiente caridad, que no cabiendo en el pecho de quien la posee, se desahoga comunicándose al exterior, saliendo á la defensa de la Religión, y procurando atraer á la misma los que tuvieron la desdicha de abandonarla. Sin embargo la prudencia aconseja abstenerse de entrar en indiscretas cuestiones cuando el que se encarga de hacer la apología de la Religión, ó de vindicar alguno de sus altos dogmas, escasea de las luces necesarias para sacar airosa la causa de la verdad. La prudencia dicta también, que en no mediando esperanza de conseguir algún resultado ó alguna otra causa legítima, no se entablen discusiones sobre materias de suyo tan delicadas; pues que á menudo puede suceder que sin alcanzar el efecto que se desea, se irroque gravísimo perjuicio á las almas sencillas. Una reflexión especiosa, una capciosidad, un sofisma bien presentado, un hecho mal explicado, penetran á veces como un relámpago en un entendimiento desapercibido, y destruyen de un golpe la fe que se había recibido en la cuna, y que sin aquella ocasión aciaga, se hubiera tal vez conservado intacta hasta el sepulcro. El verdadero católico debe siempre tener presente que la fe

es un don de Dios, que no se la produce en el espíritu de los otros con meros raciocinios, que para un efecto tamaño es menester un prodigio de la gracia; y así no conviene tener excesiva confianza en la fuerza de los argumentos presentados, andando adrede en busca del enemigo. David derribó al gigante Goliat, pero fué obedeciendo la inspiración divina, y después que el orgulloso filisteo había insultado repetidas veces los reales del pueblo del Señor.

No ignoramos cuán anchuroso es el campo de la discusión que á todo linaje de materias otorga el espíritu de nuestros tiempos. En los países más civilizados se escribe sin cesar sobre materias religiosas, se las sujeta á riguroso examen bajo los más variados aspectos. Lejos de nosotros el intentar que esta discusión se estreche, y por cierto que no damos el ejemplo de retirar el cuerpo de la lucha; sólo hemos querido indicar un abuso tanto más peligroso, cuanto á él pueden arrojarse la presunción y la ignorancia impulsadas por un celo indiscreto y á veces falso. La defensa de las verdades de la Religión figura entre las tareas más santas que proponerse pueda un cristiano; pero la caridad prescribe que se hermane la apología de la fe con las debidas consideraciones á la preservación de las almas sencillas.

Los sostenedores de la Religión tienen de su parte las ventajas inseparables de una causa de justicia y de verdad; pero los adversarios poseen también en alto grado, el talento de adulterar los hechos, de emplear especiosos sofismas, y de cubrir con velos seductores las doctrinas más peligrosas y repugnantes. En una lucha de 18 siglos, se han amaestrado de una manera muy notable en el manejo de las armas que les son propias; y desgraciadamente encuentran siempre en el hombre una disposición favorable, un aliado natural, en el orgullo, en el espíritu de novedad, y en la perversidad de nuestras inclinaciones. La fe es ahora, y ha sido en todos tiempos un sacrificio; y un sacrificio es siempre costoso; pero lo es mucho más en el siglo en que vivimos, cuando son tantos y tan fuertes los

incentivos que nos inclinan al escepticismo y á la incredulidad. Esa exageración de las facultades del espíritu humano, ese prurito de sujetarlo todo á riguroso examen, esa arraigada costumbre de trastornarlo todo, haciendo que pronuncien sobre las materias más graves y delicadas jueces mal informados é incompetentes, esa nube de sofismas, de calumnias, de imposturas de todos géneros, con que los enemigos de la Religión se esforzaron y se esfuerzan todavía en abrumarla; ese escepticismo, ese indiferentismo que han cundido de una manera tan lastimosa en la sociedad moderna; ese funesto conjunto, trae consigo un inminente riesgo de extraviar el espíritu del fiel, si no procura fortalecerse con esmero y ahinco contra los repetidos y rudos ataques que á cada instante se halla precisado á sostener. Hubo un tiempo en que bastaba aprender la enseñanza de la Religión; ahora es indispensable poseer á fondo la ciencia que nos demuestra los cimientos en que se apoya, que nos hace capaces de dar razón de nuestra fe en el tribunal de la filosofía. Este es un hecho cierto, innegable, patente; en vano intentaríamos desconocerle; nuestra ceguera produciría gravísimos daños á la causa de la Religión, dejando de parte de sus enemigos una superioridad que no les podemos permitir. No nos entreguemos á peligrosas novedades, pero si es necesario, defendamos lo antiguo con razones nuevas: la verdad es una, pero los argumentos con que se la puede defender son innumerables; porque emanada del mismo Dios, se enlaza con todo cuanto existe en el cielo y en la tierra; y á más de la revelación, á más de la infalible palabra divina, hallamos en la naturaleza, en la historia, en la filosofía, bien templadas armas para aterrar á los enemigos de la verdad. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y las obras de sus manos las anuncia el firmamento; la criatura lleva el sello del Criador; la incredulidad se empeñó en hacerla mentir, pretendiendo que diera testimonio contra la mano que la dió el ser; ella no ha podido ser tan ingrata, no ha podido negarse á sí propia. Interroguémosla nosotros tam-

bién, seguros de que cuanto más á fondo penetraremos sus secretos, descubriremos más y más la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razón con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la Religión, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica.—*J. B.*

UN CASTILLO Y UNA CIUDAD.

I.

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besan el mar: al rugir la tormenta, miro con desdén alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis pies. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra, y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la obscuridad de la noche, me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo airoosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotarían con tanta majestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellón de Castilla.

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar; cuantos vivientes hay á largo trecho se estremecen y azoran; el Labrador suspende sus

faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

II.

¿Veis la reina de Cataluña, la más preciosa joya de los monarcas iberos que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojaran á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis pies, cual niña juguetona á los de su ama; y que en alzando mi voz aterradora, no se estremece más vivamente la endeble caña?

Si en día de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado, corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un día, sólo un día me indigné contra tí: ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, é inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, más ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste, cuando se alzaban rápidos hasta la región de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la víctima, y blandían su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían, veloces como el rayo; y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra?